

IV.

EL DIA DE LA BODA

D. Tadeo entró cuando el cautivo acababa de pronunciar las palabras antecedentes, é inmediatamente dispuso que nos sirvieran de comer; nos sentamos al derredor de una mesa de madera de fresno, y el honrado y franco huésped saboreando sus tortillas y asado prosiguió su narración.

—Muy de madrugada se puso en movimiento toda la familia de mi hermano Juan para disponer el casamiento. Mi comadre se ocupaba en concluir los vestidos que debían estrenar sus hijas. Rita en preparar la comida y Paula, como que era la novia, se puso delante de un pequeño espejo á engalanarse con todas las alhajas que le había regalado la noche anterior su futuro esposo José de Burgos. Este y mi hermano Juan, ensillaron sus caballos y ganaron el monte á traer una vaca gorda, con el objeto de matarla y dar de comer á todo el pueblo de Tlaxcala.

A las siete de la mañana Rita subió á una troje, que se acordará vd. había en el patio interior de la casa; y estaba el campo tan

hermoso, el aire tan fresco y el cielo tan azul, que la muchacha, lejos de bajar con sus mazorcas, se quedó observando una polvareda que se levantaba por un costado de la sierra. A poco momento la polvareda se aproximó y Rita descubrió un número de salvajes tan considerable, que sin ponderación, formaba horizonte. ¿Cree vd. que la muchacha se asustó? Pues no señor, sin perder el color, sin temblar, recogió sus mazorcas y bajó á decir á su mamá que los indios estaban á la vista.

Mi comadre, al escuchar esta noticia, se puso descolorida como una muerta, soltó la aguja de la mano, y quiso gritar; pero le fué imposible, pues tenía trabadas las quijadas. En cuanto á Paulita, dejó también caer el espejo que tenía delante, y corrió de un lado á otro del cuarto profiriendo exclamaciones dolorosas. Rita, sin hacer caso de estos lamentos, fué á la cocina, recogió una grande hacha destinada á partir leña, se proveyó de algunos víveres, y volviendo al cuarto donde estaba su madre y hermana, cerró las puertas, y comenzó á cubrirlas con sacos de lana, colchones, huacales, y cuantos muebles encontró á propósito. Concluida esta operación, se sentó tranquilamente y dijo á mi comadre:

—“Nada tenemos que temer, madre mía, las puertas están perfectamente aseguradas. ¡Pobre niña! Era guapa y valiente como el soldado más aguerrido de la fron-

tera; pero era muy poca cosa para los salvajes el que unas puertas estuvieran cerradas.

—Muchacho, trae unas tortillas calientes para el señor, y echa más agua en los vasos. Coman, señores, bien, porque ahora hasta la hora de la cena no volveremos á probar bocado, á no ser que vd. acostumbre tomar café ó chocolate.

—Nada acostumbro comer después de esta hora, D. Tadeo, y sobre todo, aunque quisiera no podría, pues bastante....

—Vaya, burla que quiere vd. hacer de la mesa de un pobre ranchero. Pues señor.... ¿En qué quedamos?

—Cabal. Cerca de media hora estuvieron en silencio, y tan pensativas y asustadas, que sólo se oía el latido de sus corazones; pero los salvajes no se hicieron aguardar, pues sin duda informados de que había en el pueblo muchachas bonitas, destacaron una partida de cincuenta guerreros para que recogieran cuantas pudieran. Los malvados, como si hubieran adivinado que mis sobrinas eran las criaturas más lindas de la tierra, rodearon la casa, comenzaron á tirar balazos á las puertas, y á gritar y charlar en su gerigonza diabólica.

—¡Dios mío, ten misericordia de nosotras! exclamaba mi infeliz comadre hincada de rodillas y con las manos enclavijadas. Paula, que tenía ante sus ojos la

muerte en vez de la felicidad del matrimonio, tuvo un momento de locura en que se arrancó los cabellos, rompió los adornos que se había puesto y desgarró sus vestidos; pero después se arrojó llorando en brazos de mi comadre.

—Somos perdidas, madre mía.

—Hija mía, perdidas, no hay remedio. ¡Socorro! ¡Socorro!

Los balazos menudeaban en las puertas, y los salvajes arrojaban alaridos horrendos.

—¡Dios mío! ¡Santísima Virgen, libéranos por los dolores que padeciste al pie de la Cruz!

Los balazos seguían.

—¡Madre mía, madre mía, exclamaba Paula retorciéndose sus brazos y su blanco cuello, esto es horrible; máteme vd. antes de que entren los salvajes!

—¡Señor Crucificado, socorro, socorro! gritaba mi comadre intentando maquinalmente ocultarse en los rincones y debajo de los muebles.

Los bárbaros formaban una algazara infernal, y las puertas estaban hechas un arnero.

—¿Y Rita qué hacía?

—Rita estaba con su formidable hacha en la mano, observando las dos puertas, y con tanta serenidad como si estuviera disponiendo la comida de boda para su hermana.

Hubo como diez minutos de silencio.

—¡Gracias, Dios mío, gracias, exclamó la mamá llorando, los salvajes se han ido sin duda.

—Si se han ido, interrumpió Paula; quizá nos salvaremos.

—¡Oh! no, ahí están todavía, y ya entran, ya entran! gritó la madre aterrada, y cayó sin sentido en el suelo.

En efecto, un alarido más fuerte se escuchó, y al mismo tiempo un golpe dado á la puerta con una enorme viga, la hizo sucumbir. Los salvajes se precipitaron adentro; pero los sacos de lana y trastos que había colocados en forma de muralla, no permitió el que pasasen muchos á la vez.

Rita estaba detrás de un saco de lana con su hacha levantada.

Un salvaje alto, robusto y fornido como un león, entró apartando los obstáculos que le impedían el paso; pero apenas había pasado el umbral de la puerta, cuando Rita le dejó caer el hacha en la cabeza. Un momento permaneció inmóvil: después le salió un raudal de sangre por los ojos, boca y narices, y cayó como una gruesa encina derribada por el leñador.

El segundo indio que entró cayó también al filo del hacha de Rita.

El tercero fué más feliz, pues Rita dió el golpe en vago, y entonces el salvaje se abalanzó á ella, y oprimiéndola con sus robustos brazos, la sacó fuera del aposento. Otro

indio se encargó de cargar con Paula, y de dar á mi pobre comadre una lanzada.

Al retirarse ya con su presa, cercaron la casa de rastrojo y le prendieron fuego. A poco momento una llama inmensa se levantó hasta las nubes, silbando como una serpiente, después se deslizó por el corral y entró devoradora, ardiente, terrible, por la puerta que los bárbaros habían roto. Jacinta, que sólo estaba herida levemente en la espalda, se levantó y quiso salir; pero los sacos de lana y los muebles estaban ya encendidos. Las vigas crugieron: una columna de humo negro brotó por el techo y la infeliz mujer, con la ropa ardiendo, los cabellos erizados y los ojos descarriados, hizo el último esfuerzo para libertarse de las llamas, y apareció entre el incendio gritando:

—¡Hijas mías! ¡hijas mías, salven á su madre! y cayó sofocada y sin aliento, retorciéndose en medio de un montón de brasas encendidas!

Mientras pasaba esto en la casa de mi hermano Juan, otras escenas más atroces se repetían en el Pueblito. Los indios que en grupo se habían esparcido por las calles, se introducían en las casas rompiendo las puertas y derribando con la hacha y el puñal, niños, ancianos, animales y cuanto estorbaba su paso. A las muchachas las enviaban á su campo después de haber saciado de una manera bárbara sus apetitos bru-

tales, y los muebles y objetos que no robaban, los destrozaban con una saña inaudita. Era una manada de tigres hambrientos que sonreían y se gozaban al empapar en sangre sus deformes rostros y sus nervudos brazos. Era un espectáculo lastimero ver en las calles los heridos revolcándose en la sangre, los niños moribundos llorando, las mujeres hermosas y blancas, casi desnudas, retorciéndose y procurando unas evitar los ultrajes de los bárbaros, y otras dejándose conducir, anonadadas, humildes y resignadas como los corderos que llevan al matadero. Entre tanto los bárbaros arrojaban alaridos, iban, venían, corrían y bailaban entonando canciones feroces y riéndose al ver la sangre que empapaba sus vestiduras de gamuza. Las gentes que pudieron escaparse, se reunieron en la iglesia y el cura, así que ya no hubo más infelices á quienes abrigar bajo el techo sagrado, cerró las puertas, colocó algunos hombres armados en la azotea para hacer cuanta resistencia fuese posible y exhortó á todos á que hicieran contrición de sus pecados y se resignaran á morir como buenos cristianos. Los salvajes, por una casualidad, ó tal vez por un temor religioso, no atacaron la iglesia, sino que cargados de despojos y cautivas se retiraron á su campo, situado en toda la falda del cerro que tenemos á la espalda. Entre tanto mi hermano y José de Burgos, que como dije á vd. fueron á bus-

car su ganado por rumbo opuesto al camino que habían recorrido los indios, estaban muy distantes de creer en los desastres que habían ocurrido; pero al regresar, los alaridos, la confusa vocería y agitación del Pueblito, las grandes polvaredas que se elevaban y más que todo la vista de los salvajes, les inspiró vivas inquietudes sobre la suerte de su familia. Como hombres resueltos picaron sus caballos, y dejando las res que conducían atada de un árbol, se dirigieron á escape á su casa, y hallaron que las llamas la habían consumido y sólo quedaban los escombros y las brazas que aún despedían humo.

Sería imposible describir á vd. la rabia que se apoderó de estos hombres, el caso es que sacaron la espada y desatinados, furiosos, y casi locos, tiraban tajos y reveses al aire, hasta que un rancharo que iba de correo enviado por el cura y pasaba en fuerza de carrera, les dijo:

—D. Juan, la familia no ha perecido, sino que está cautiva en el campo de los bárbaros.

—Vamos, José, á libertarlas ó perecer con ellas, dijo mi hermano.

—Vamos, padre, vamos; y si han sido víctimas, las vengaremos, respondió José de Burgos.

Ambos partieron como un rayo al campo de los indios.

Los individuos que estaban en la torre

les gritaban: "Conténganse, van á morir, ya que pereció su familia sálvense vds. Por Dios no vayan. ¡Ohe, ohe! D. Juan, por Cristo, conténgase vd!"

Sí, ya iban á escuchar semejantes voces. —El uno era padre y el otro amante. Y por supuesto le interrumpí yo que no conseguiría más que morir también.

—Los bárbaros, continuó D. Tadeo, convinieron en devolver á las muchachas en cambio de un par de caballos gordos y hermosos, así es que inmediatamente José de Burgos y mi hermano Juan se dirigieron al agostadero y al cabo de dos horas estaban de vuelta con un par de alazanes robustos y hermosos, pero de nada sirvió esto. Los salvajes, después de apoderarse de los caballos, asesinaron á mi hermano y á José de Burgos. Paula y Rita murieron también martirizadas por la brutalidad de estas fieras del desierto.

V.

LA CRUZ DEL MONTE.

Verdaderamente es una historia muy lúgubre la que me ha contado vd. y me ha comprimido el corazón, tanto más cuanto que no puedo apartar de mi memoria á las niñas y á toda la virtuosa familia. Hace poco tiempo la ví tan alegre y tan feliz y ahora.... nada existe, nada.

—Una cruz solamente, me contestó D. Tadeo, y ya que la tarde está hermosa y que hemos salido á refresarnos, venga vd. y verá el lugar donde tan desgraciadamente murió mi familia. Llegamos á una llanura donde crecían unos cuantos palmeros y encinas. Al pie de uno de estos árboles estaba una cruz de madera clavada en un montón de piedras y en los brazos de la cruz grabados unos renglones que decían: "Un Padre Nuestro y un Ave María por las almas de los que fueron asesinados en este lugar por los bárbaros;" más adelante se leían los nombres "D. Juan García, D. José de Burgos, Doña Rita y Doña Paula García. En paz descansen."

Imposible me sería dar cuenta al lector de las dolorosas sensaciones que oprimían mi alma al contemplar aquella cruz colocada al pie de la solitaria encina. Se presentó á mi imaginación la orgía infernal en que los salvajes pintados de azarcón, cubiertos de sangre y de fragmentos de carne humana, bailaban frenéticos al derredor de las hogueras, agitando sus adargas y penachos de pluma de águila, haciendo contorsiones y visajes diabólicos, lanzado alaridos lúgubres como los de los réprobos, y complaciéndose en los tormentos y agonías de los prisioneros.

Había en este festín satánico un padre de cabello y barba blanca, que atado en un árbol y vertiendo sangre de sus heridas,

miraba profanar y magullar las blancas y virginales formas de sus hijas. Había un amante de veinte años, que atado, traspasado con innumerables flechas, veía á su querida casta y pura como los ángeles hecha presa del amor salvaje, ultrajada con brutales caricias.... ¡Oh! Había también dos muchachas, lindas como las vírgenes de Rafael, que veían á su padre atado á un árbol, con su respetable cabello teñido de la sangre que destilaba de sus heridas, con un semblante en que se pintaban las agonías de su alma....

Los salvajes aproximaban los tizones ardiendo á los prisioneros.

Las hijas se rétorcían, clamaban á Dios, lloraban, golpeaban sus frentes ruborosas contra las piedras....

Los salvajes reían y atizaban las hogueras....

Los infelices bramaban y crugían los dientes.

Los salvajes reían, reían.

¡Infernal, horrible escena!

Mayo de 1843.



iii L O C A!!!

El amor es la historia
de la vida de las mujeres.
MAD. STAEL.